

Juan Crisóstomo

AUTOBIOGRAFÍA

I

¿Es verdad lo que ha acontecido conmigo? ¿Es una realidad lo que acaba de suceder, y no estoy alucinado? ¿Es de noche y estamos soñando, o es realmente día y estamos despiertos? ¿Y quién puede creer que en pleno día, estando todos vigilando y despiertos, un jovencito despreciable y abyecto ha sido elevado a la altura de tan soberana dignidad? Porque de noche nada tiene de extraño que tal suceda. De noche, algunos de cuerpo mutilado y faltos aún del necesario sustento, una vez dormidos, suelen verse a sí mismos con los

miembros enteros y hermosos, y gozando de regio banquete; mas luego ven que todas fueron ilusiones de quien duerme y sueña; que esto es lo que lleva consigo la naturaleza de los sueños, llena de mil fraudes, maravillas y quimeras. Pero no sucede así de día, y cuando se palpa la realidad de las cosas. Mas ahora todo ha sucedido y acontecido y tenido cumplimiento, como lo estáis viendo. ¡Esto, esto sí que es más increíble que los sueños! que una ciudad tan extendida y tan numerosa, un pueblo admirable y grande esté ansioso de escuchar a un despreciable como yo, como para oír de mí algo de grande y generoso; siendo así que, aun cuando brotaran de mí ríos perennes, y hubiera en mi boca manantiales de palabras, al concurrir de golpe para oírme tanta muchedumbre, pronto, con el temor, se reprimiría el torrente, y volverían atrás las corrientes de elocuencia. Mas no teniendo yo, no digo la abundancia de los ríos y fuentes, sino aún la de una mezquina lluvia, ¿cómo dejaré de temer no sea que aun esto poco deje de fluir secándose con el miedo, y me suceda lo que también suele suceder en los cuerpos? ¿Y qué sucede en los cuerpos? Que muchas veces, cuando tenemos muchos objetos asidos con la mano y los apretamos con los dedos, con el miedo los dejamos caer todos, por relajarse nuestros nervios y debilitarse la tensión del cuerpo. Esto temo yo que suceda hoy en mi ánimo; que los pensamientos que con mucho trabajo he reunido para vosotros, aunque son insignificantes y despreciables, se me olviden con el ansia, y desaparezcan sin fruto, y se me vayan dejando vacías vuestras almas. Por eso, a todos igualmente os ruego, a los que mandáis y a los que obedecéis, que ya que ha sido tan grande el aprieto en que me habéis puesto por vuestra concurrencia para oírme, me infundáis igual ánimo por vuestra diligencia en orar, y pidáis al que da palabras a los que evangelizan en mucha virtud, me las dé también a mí al desplegar mis labios. Cierto, que no os costará ningún trabajo, siendo, como sois, tantos y tales, el confortar de nuevo el ánimo de un pobre joven decaído por el miedo; y con justicia me habéis de conceder esta petición, ya que por vosotros he hecho este ensayo, por vosotros y por vuestra caridad, que a nada cede en la fuerza de obligar y mandar, una vez que a mí, no muy ejercitado en hablar, me ha persuadido a hablaros, y me ha obligado a disponerme para el estudio cuando hasta ahora jamás he tomado parte en tales certámenes, sino que siempre me he hallado entre los oyentes, silencioso y tranquilo. Pero, ¿quién será tan duro y tan insensible que pase en silencio vuestra concurrencia, y teniendo amigos entusiastas

que le oigan, no les dirija la palabra, aunque sea el hombre más falto de elocuencia?

II

Quería, pues, al haber de hablar por primera vez en la Iglesia, ofrecer las primicias a Dios que me concedió la lengua; cosa, por cierto, la más puesta en razón, puesto que no sólo las primicias de la era y del lagar, sino también las primicias de las palabras, se deben ofrecer a Dios; y las de las palabras con tanta más razón que las primicias de los manojos, cuanto nos es más propio aquel fruto, y más agradable a Dios a quien oramos. Porque los racimos y espigas los producen los senos de la tierra, y los alimenta el riego de las lluvias, y los cultivan las manos de los labradores; mas los himnos sagrados de alabanza, los cría la piedad del espíritu, y los sustenta la buena conciencia, y los recibe Dios en los graneros del cielo. Y cuanto el alma es mejor que la tierra, tanto es mejor también su fruto. Por eso aquel grande y admirable profeta, por nombre Oseas, exhorta a los que han ofendido a Dios y quieren hacerle propicio, a que lleven consigo, no rebaños de bueyes, ni tantas o tantas medidas determinadas de flor de harina, ni una tórtola o paloma, ni otra ofrenda semejante; antes, ¿qué es lo que pide? *Llevad, dice, con vosotros, palabras* (Oseas, 14, 3). ¿Y qué sacrificio son las palabras?, dirá quizás alguno. Muy grande, amado hijo, y muy excelente, y mejor que todos los sacrificios. ¿Y quién lo afirma? Quien lo sabía mejor que nadie, el grande y generoso David. Porque, ofreciendo a Dios en cierta ocasión sacrificios en acción de gracias por una victoria en la guerra, decía así: *Alabaré el nombre de mi Dios con cánticos; le engrandeceré con alabanzas* (Sal. 68. 31-32). Después, mostrando la superioridad de este sacrificio, añadió: *Y le agradará más que el novillo tierno a quien le están naciendo las astas y las pezuñas*.

También yo deseaba ofrecer hoy estas víctimas y ensangrentar espiritualmente con estos sacrificios el altar. Pero, ¿qué hacer? Un sabio me cierra la boca y me llena de temor diciendo: *No es hermosa (oportuna = GRIEGO) la alabanza en boca de un pecador* (Eclo. 15, 9). Porque así como cuando se trata de hacer guirnalda de flores, es preciso que estén limpias, no sólo las flores mismas, sino también las manos que las entretejen, así también, cuando se trata de himnos santos de alabanza, conviene que sean piadosas, no sólo las palabras,

sino también el alma del que las compone. Mas mi alma no es sino impura, desconfiada y llena de muchos pecados. Y a los que tal alma tienen los obliga a callar, no sólo esta ley, sino también otra más antigua, y establecida desde mucho antes.

El mismo David, que hace poco nos ha hablado de los sacrificios, nos dio cuenta de ella: Porque habiendo dicho: *Alabad al Señor en los cielos, alabadle en las alturas* (Sal. 148), y habiendo añadido después de pocas palabras: *Alabad al Señor en la tierra*, e invocado a entrambas naturalezas, la superior y la inferior, la sensible y la espiritual, la visible y la invisible, la que está sobre el cielo y la que está debajo de él, y formado un coro de entrambas, y exhortándolas a alabar al Rey de toda la creación, en ninguna parte invitó al pecador, antes también aquí le cerró las puertas. Y para que veás más claro lo que estoy diciendo, os repetiré desde el principio el mismo salmo: *Alabad al Señor en los cielos, dice, alabadle en las alturas: alabadle todos sus ángeles, alabadle todas sus virtudes. ¿Ves aquí a los ángeles, ves a los arcángeles, ves a los querubines y serafines, ves a las supremas potestades alabando a Dios?*

Porque al decir, *todas sus virtudes*, comprende a toda la ciudad de los cielos. ¿Pero ves en alguna parte al pecador? ¿Y cómo, me dirás, se le había de ver en el cielo? Voy, pues, de nuevo a bajarte a la tierra, y a trasladarte a la otra parte de este coro; tampoco en ella le podrás ver. *Alabad al Señor en la tierra los dragones y todos los abismos, las fieras y todos los animales, los reptiles y los volátiles alados*. No en vano y sin razón he callado entre tanto que decía estas palabras: porque me he hallado confuso, y me han sobrevenido amargas lágrimas y grandes gemidos. Porque, dime: ¿puede haber cosa más digna de lástima? Los escorpiones, las serpientes y los dragones son invitados a alabar a quien los crió, y sólo el pecador es desechado de este sagrado concierto. Y con razón. Pues el pecado es una bestia perversa y salvaje, que no sólo hace daño a los cuerpos de los consier-vos, sino aun arroja el veneno de su maldad a la gloria del Señor. *Pues por vosotros, dice, es blasfemado mi nombre en las naciones* (Is. 52. 5; Rom. 2, 24). Por esto el profeta le arrojó de la tierra de los vivientes como de una sagrada patria, y lo lanzó al destierro. No de otra suerte un excelente músico corta una cuerda disonante de su acordada cítara, para no privarse de la armonía de los demás sonidos; no de otra suerte un entendido médico corta el miembro podrido, para que no pase su corrupción a los demás miembros sanos; no de otra

suerte obró también el profeta cuando, como a cuerda disonante, como a miembro inficionado, cortó al pecador del cuerpo universal de la creación.

III

Y, según esto, ¿qué he de hacer? Ya que he sido rechazado, ya que he sido cortado, me es preciso callar. Pero, ¿y he de callar? decidme: ¿nadie me concederá el alabar a mi Señor? ¿luego en vano he implorado vuestras oraciones? ¿en vano me he acogido a vuestras súplicas? No en vano, no tal. Porque ya he hallado, ya he hallado otra manera de alabanzas, gracias a vuestras oraciones, que en medio de esta duda me han dado luz, como los relámpagos en medio de la oscuridad: sí, alabaré a mis consiervos. Que es lícito el alabar también a los consiervos; y cuando a ellos se alaba, la alabanza redunda por completo en el Señor de ellos. Y que esto es así, lo demuestra el mismo Cristo cuando dice: *Brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (S. Mt. 5,6). He aquí otra manera de alabanzas de que aún el pecador puede hacer uso, sin traspasar por eso la ley.

IV

¿Y a quién de los consiervos alabaremos? ¿A quién, sino al común maestro de la patria, y, por serlo de la patria, maestro también de toda la tierra? Porque así como él os enseñó a vosotros a persistir hasta la muerte en defensa de la verdad, así vosotros habéis enseñado a los demás hombres a perder antes la vida que la piedad. ¿Queréis, pues, que con esto le formemos las coronas de los elogios? También yo lo quisiera, pero veo ante mí un piélago insondable de virtudes, y temo no me suceda que, hundiéndose en su fondo mi discurso, no pueda después salir a flote. Porque sería preciso recorrer antiguas virtudes, peregrinaciones, vigiliass, cuidados, planes, luchas, trofeos sobre trofeos, victorias sobre victorias, hazañas que superan, no ya a la mía, sino a toda humana elocuencia, y requieren la voz de un apóstol movido del divino Espíritu que todo lo puede decir y enseñar.

Pero pasando de largo esta parte, vendré a otra más segura, por la que puede navegar aunque sea una pobre barquilla. Ea, pues, hable-

mos ahora de su templanza, y digamos cómo venció la gula, cómo despreció las delicias, cómo se burló de las mesas opíparas, y esto, habiendo sido educado en una casa espléndida. Porque tratándose de quien vivió en pobreza, nada tiene de extrañar que llegue a esta vida sobria y austera; pues va con él la pobreza como compañera de viaje, que cada día le aligera la carga; pero quien se ha hecho señor de grandes riquezas no se deshará fácilmente de sus trabas; tal es el enjambre de vicios que vuela alrededor de su alma, y la niebla pesada y caliginosa de las pasiones que oscurece la vista de su espíritu, y no le deja mirar al cielo, sino que le obliga a bajar la cabeza y suspirar por la tierra. Y no hay, no hay otro impedimento tan grave para encaminarse al cielo, como las riquezas y los males que de ellas provienen. No es mío este pensamiento, sino sentencia bajada del mismo cielo: *Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que el que pase un rico al reino de los cielos* (Mt. 19, 24). Mas he aquí que lo tan difícil y aun imposible ha llegado a ser hacedero; y aquello de que antes dudaba Pedro delante de su Maestro y quería aprenderlo de él, ya nosotros lo hemos visto practicado, y aún más todavía. Porque no contento con subir él al cielo, lleva también a tan numeroso pueblo, a pesar de haber tenido, además de las riquezas, otras dificultades no menores, como la juventud y la orfandad intempestiva, capaces todas de fascinar el alma de cualquier hombre; tantas son las ilusiones, tantos los encantamientos que en sí encierran.

Pero, con todo, venció aun estas dificultades, y se apoderó del cielo, y se trasladó a él viviendo con una celestial sabiduría, y ni pensó en el brillo de la presente vida, ni miró a la gloria de sus antepasados; mejor dicho, miró a la gloria de sus antepasados, mas no de los que estaban unidos con él según los vínculos de la naturaleza, sino de los que se conformaban con él según las miras del espíritu. Por eso llegó a ser lo que es. Miró al patriarca Abrahán, miró al gran Moisés, que educado en la casa del rey, y disfrutando de una mesa sibarítica, y dejado entre las turbas de los egipcios (y ya sabéis qué costumbres tienen los bárbaros, llenas de aparato y ostentación), despreció todo aquello, y huyendo de allí a la arcilla y al trabajo de hacer ladrillos, eligió ser del número de los esclavos y cautivos, siendo, como era, rey e hijo del rey. Y por esto precisamente volvió después con gloria más espléndida de la que había dejado primero al partirse de allí. Puesto que después del destierro, de la impostura para con su suegro, de la pobreza en tierra extraña, volvió convertido en señor del

rey, o más bien, dios del rey. *Porque te he constituido*, dice, *en dios para con Faraón* (Ex. 7, 1). Y sin tener diadema, sin estar rodeado de púrpura, sin ser llevado en carroza de oro, antes pisoteando todo aquel fausto, brillaba más que el rey. *Porque toda la gloria*, dice, *de la hija del rey, está por dentro* (Sal. 44, 14). Volvió, pues, empuñando el cetro; por eso mandaba, no sólo a los hombres, sino también al cielo, y a la tierra, y al mar, y al aire, y a las aguas de los estanques, fuentes y ríos; porque en todo lo que quería Moisés se convertían los elementos, y en sus manos se transformaba toda criatura; y no de otra suerte, que se porta una sierva obsequiosa al ver presente a un amigo de su señor, así le obedecían y se le sujetaban todas las criaturas, como al mismo señor de ellas. Mirándole, pues, a él como a ejemplar, llegó nuestro padre a imitarle, y esto, siendo joven, si es que alguna vez fue joven, pues no me persuado a ello; tan de anciano eran sus pensamientos desde la misma infancia. Mas cuando según la cuenta de la edad era joven, poseyó toda la celestial filosofía, y sabiendo que nuestra naturaleza es como un campo que se cubre de maleza, cortaba con gran facilidad, como con una hoz, con los dictámenes de la piedad, todos los vicios del alma, y ofreciendo al labrador el campo limpio para la semilla, toda la recibió y la guardó profundamente en su seno, de modo que arraigase bien debajo, y ni cediese a la fuerza de los rayos del sol, ni fuese tampoco ahogada por las espinas. Así cuidó de su espíritu; por lo que hace a la carne, reprimió sus concupiscencias con el remedio de la abstinencia, echando a su cuerpo, como a caballo rebelde, el freno del ayuno, y tirando de él con tal tesón que ensangrentó las mismas causas de la concupiscencia, aunque con la debida moderación; porque ni tiraba del freno a su cuerpo de manera que, impedido el caballo, se le hiciera inútil para trabajar, ni le dejaba tan suelto que se hiciera demasiado brioso, no fuese que echando muchas carnes rechazara el dictamen de la razón que le enfrenaba, sino que al mismo tiempo tenía cuenta de su salud y de su robustez.

Ni creas que siendo tal de joven, pasada la juventud aflojó en aquel cuidado; antes bien, aún ahora, cuando, como en tranquilo puerto, reposa en la vejez, persevera todavía con el mismo empeño. Porque la juventud, amado oyente, es semejante al mar embravecido, lleno de furiosas ondas y perdidos vientos; pero las canas llevan las almas de los que han envejecido a uno como puerto sin olas, y proporcionan el goce de la ancianidad más libre de peligros. Gozando, pues, de ella nuestro padre, y sentado, como antes he dicho, en el

puerto, no tiene, sin embargo, menos solicitud que los que están agitados en medio del mar; y este temor lo aprendió de San Pablo, que habiendo subido al cielo, y pasado encima de él, y llegado hasta el tercero, decía: *Temo que después de predicar a los demás, sea yo reprobado* (I Cor. 9, 27). Por esta razón, también nuestro padre se puso en un estado de continuo temor, para vivir continuamente en esperanza, y está asentado junto al timón, observando, no la salida de los astros ni los escollos y torbellinos, sino las acometidas de los demonios, y las arterias de Satanás, y las luchas de los pensamientos; y andando alrededor del ejército, a todos infunde seguridad. Porque no atiende sólo a que no se hunda la nave, sino que todo lo remueve, si es preciso, para que ninguno de los navegantes experimente ninguna turbación. Por esto y por su prudencia navegamos todos nosotros viento en popa y a vela desplegada.

Ciertamente que, cuando perdimos a nuestro primer padre que nos engendró a éste que ahora tenemos, nos vimos en grande zozobra. Por eso gemíamos desconsolados; como que no esperábamos hubiera de sentarse en esta silla otro hombre igual a él. Mas cuando apareció éste y se presentó en medio, hizo que se disipara como una nube toda aquella tristeza y desvaneció toda lobreguez, borrando nuestro llanto, no poco a poco, sino tan de repente, como si se hubiera levantado de la urna aquel nuestro padre bienaventurado, y subido de nuevo a ocupar esta silla.

V

Pero nos hemos olvidado de nosotros mismos por el entusiasmo de las virtudes de nuestro padre, y hemos extendido el discurso más de lo justo, no si se atiende a sus buenas obras (que en este caso ni siquiera hemos comenzado), sino si se atiende a lo que está bien con nuestra edad. Ea, pues, como refugiándonos en el puerto, descansenos ya en el silencio. Mas no quieren dejarme las palabras, y lo llevan a mal, y se aíran, como abejas que ansían hartarse con las flores de todo el prado. Pero esto es imposible, hijos míos. Dejemos, pues, de seguir lo que no se puede alcanzar; nos basta para consuelo lo ya dicho. Ya sabéis lo que sucede con los perfumes olorosos, que, no sólo derramando el frasco, sino también tocando la superficie con la punta de los dedos, se colora el aire, y todos los presentes se llenan del buen olor: lo mismo ha sucedido ahora, no por la fuerza de mis

palabras, sino por la virtud de las obras buenas de nuestro padre. Retirémonos, pues, retirémosnos, y entreguémosnos a la oración; pidamos que nuestra común madre permanezca sin agitación y movimiento contrario, y que éste nuestro padre, nuestro maestro, nuestro pastor, logre una vida más prolongada. Y si también tenéis alguna cuenta de mí (porque no me atreveré a contarme entre los sacerdotes, pues no es justo que los hijos abortivos sean contados entre los bien nacidos); pero, en fin, si tenéis alguna cuenta también de mí como de un aborto, pedid que descienda de arriba sobre mí grande abundancia de gracia. Porque ya antes necesitaba yo seguridad, cuando vivía por mí cuenta, libre de negocios; pero después, que he sido presentado al público (el cómo no lo digo, si fue por diligencia humana o por gracia divina, pues no quiero contender con vosotros para que nadie diga que hablo con fingimiento), pero ya que he sido presentado y he recibido este yugo duro y pesadísimo, tengo necesidad de muchas manos, de innumerables oraciones, de modo que pueda devolver el depósito entero al Señor, que me lo encomendó, en aquel día en el que sean llamados y llevados a rendir cuentas los que recibieron los talentos. Pedid, pues, no sea yo sea de los que se vean entonces atados y lanzados a las tinieblas, sino de los que logren alcanzar, a lo menos, el necesario perdón, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Editado por [Manuel Arnaldos](#), ed. [EJC](#), [Molina de Segura](#) 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 [@escritores de iglesia](#) [+ENCICLOPEDIA MERCABA](#), [MURCIA](#)